

En 1989 Jorge Eslava publicó *Territorio*, su tercer libro, que bien puede ser considerado como el logro de un proceso de maduración que ha ido creciendo a lo largo de la última década. En ese sentido, su obra, que pertenece a la promoción de poetas aparecidos en los años ochenta revela —desde su segundo libro por lo menos— una de las alternativas más seguras que se han venido explorando después de la explosión exteriorista y coloquial del setenta.

Adentrarse en *Territorio* supone entablar un diálogo con los anteriores libros de Eslava: *Poemas* (1981) —que reunía *Ceremonial de muertes y linajes* y *De faunas y dioses*— e *Itaca* (1992). Ambos eran escritos desde el ámbito de la cultura y el mito —me refiero al segundo libro sobre todo— era el mediador entre el texto y la realidad.

Territorio supone una vuelta de tuerca y una apertura hacia nuevas posibilidades. El primer texto "Poética", es ilustrativo al respecto: presenta una pequeña habitación (la biblioteca) con "máscaras" y "libros" y, de pronto, irrumpe (creo que la palabra es adecuada) la confidencia que orientará los poemas siguientes:

He reducido los libros. La luz de la lámpara
es amarilla y se refleja en la ventana,
tras el árbol de corteza reseca que contemplo
a menudo, a esta hora que duermen la mujer
y los hijos. Me basta este poco de soledad,
el temblor del viento y de una humana inquietud.

Es importante detenerse en la reducción de libros y la intromisión del mundo familiar y doméstico pues allí está la clave de *Territorio*: una "desculturización" que significa potenciar la cercanía y la sinceridad.

Como señala Ana María Gazzolo en el prólogo, *Territorio* propone un "contrapunto entre adentro y afuera", reflejando en las dos partes que componen el libro. "Ramas adentro" —la primera sección— desarrolla los temas de la casa, la mujer y los hijos; en ella el árbol es el símbolo elegido para reunirlos —jugando con los significados de tronco de familia, enraizamiento y ciclos de regeneración. Pero el árbol va creciendo y alcanza el mar— símbolo dominante en la segunda sección— reflejo inestable de la existencia y territorio que contiene confundidas a la vida y la muerte. El tono predominante es aquí meditativo, buscando extraer del paisaje un vestigio de duración. El hallazgo, sin embargo, es paradójico y el poema recoge en lo efímero sus claves (son continuas las alusiones a los restos varados o a las figuras desdibujadas y entrevistas que devuelven al yo poético su propia finitud).

Al respecto, repare el lector en los poemas "Olmo" y "La estaca", que bien pueden ser considerados como centros de la primera y segunda sección respectivamente. En ellos se hace explícita esa mutación que gobierna la dinámica de *Territorio*: el árbol de vida y "blandísima corteza" se transforma en las ruinas de una estructura oxidada con "una alta cabeza de hierro". Equivalencia sutil: árbol vivo y árbol muerto

que convierten la poética de Eslava en un ejercicio de fortalecimiento interior: la fundación de un espacio que ayude —como Pavese— al “oficio de vivir”.

Pero la desculturización a la que aludía anteriormente aparece también en la parquedad de tono que impregna los poemas. Eslava opta por un discurso seco y a media voz que desde su madurez formal reclama unas pocas palabras esenciales. Si el primer poema de *Territorio* propone la reducción de libros en pos de la palabra escueta, el último “Esbozo del final” es un llamado abierto al silencio:

ESBOZO DEL FINAL

Cierra la boca y refrénate. Aquí acaba la tierra,
casi odiada, y el mar de La Arenilla a tus espaldas
trae al menos el rumor de las cosas secas que remueve
y altera. Pero no escuchas la corriente.
Esas aguas vararon un león marino, hinchado y hace días,
y un grupo de muchachos descalzos, arremangados
hasta las rodillas, rodeó ese cuerpo como embadurnado
de cerezo y a punto de estallar. Con un palo afondaban
el pellejo que cedía, tan espeso, y agrietaba aún más.
Imagina el bullicio, reunidos, procurando moverlo.
Tú quedas entera, cual si nada sucede, sobrevives a toda
sensación y a la grava caliente, donde pesó es esa mole
estriada con la boca entreabierta y disuelta su lengua.
Ahora está sepultado en la noche, al borde de la tierra.

El león marino varado es —y creo que no fuerza la interpretación —el yo poético y el poema; su lengua disuelta la evidencia amarga que recoge los destinos finales —no por dolorosos menos ciertos— de la existencia y la poesía.

Carlos López Degregori
(Universidad de Lima)

ORRILLO, Winston. *Martí/Mariátegui, Literatura, Inteligencia y Revolución en América Latina*. Lima Editorial Causachun, 1990. 245 p.

En veinticinco años de escritor, Winston Orrillo exhibe una consistente producción literaria que comprende tres vertientes: a) *La poética*, en la que ha cosechado importantes lauros como la de Poeta Joven y viene sumando títulos que parten desde *La memoria del tiempo*, *Travesta tenaz*, *Orden del día*, *A la altura del hombre*, *Sus mejores poemas de amor*, *40 poemas de años* y últimamente, *50 poemas y años*, entre otros; b) *La narrativa*, en la que ha incursionado con cierto y a la fecha ha brindado a los lectores tres colecciones de cuentos: *El hombre que escribía en el asfalto*, *El último diario (nocturno) de Ana Frank* y *Barrios Altos*; c) *La Crítica literaria*,